

INTRODUCCIÓN

El rey Sebastián de Portugal murió sin descendencia en el año 1578 durante el intento de conquista de Marruecos. Lo sucedió su tío Enrique, un hombre de avanzada edad y cardenal de la iglesia, que tampoco tenía hijos. Durante su corto reinado trató de ordenar la sucesión de la corona portuguesa, que tenía media docena de pretendientes con distintos grados legitimidad y derechos, pero la muerte se lo llevó antes de que las cortes nombrasen un heredero.

Dos pretendientes pronto destacaron sobre los demás: Felipe de Austria y Antonio de Avis, Prior do Crato, que eran sobrinos del difunto rey Enrique, y primos hermanos. A Felipe II los derechos le venían por parte de su madre, pero era rey de una nación poderosa y tradicional enemiga. Los del Prior derivaban por vía paterna, pero era hijo ilegítimo.

Antonio de Avis, sabiéndose con menos posibilidades dinásticas de conseguir la corona que su rival, se desmarcó del proceso sucesorio puesto en marcha por su tío Enrique y se proclamó rey en Setúbal en junio de 1580. Felipe II y la facción que lo apoyaba no lo aceptaron, y comenzó una guerra sucesoria que tuvo una rápida resolución en la península. Después de unos meses de dura campaña militar, solo quedaban en poder del Prior do Crato las islas Azores, un archipiélago con una situación privilegiada en las rutas de navegación ultramarinas.

Pero Portugal no era un reino cualquiera cuya sucesión a nadie preocupase. Tenía un gran imperio comercial y una flota en consonancia. Los soberanos de Francia e Inglaterra, e incluso el propio papado, estaban incómodos con que Felipe II reuniera bajo su cetro tal cantidad de territorios, y tomaron partido por la causa del Prior. Sin embargo, como en aquel momento ambas naciones estaban en paz con España, hubieron de emplear caminos indirectos para apoyarlo y, de paso, minar el creciente poder español. Entre ellos, el corso y la piratería.

El conflicto de las Azores tuvo lugar entre 1580 y 1583, y fue el primer episodio de una larga guerra por el dominio del Atlántico que duró hasta los primeros años del siglo XVII.

I

GOLFO DE MÉXICO

1

—¿Levantará el viento alguna vez?

Gabriel del Puerto dejó escapar su exasperación con una pregunta que no iba dirigida a ninguno de los tres hombres que lo rodeaban.

—Levantará, muchacho —respondió el capitán—. Es cuestión de paciencia.

—El Altísimo os oiga —dijo Ugalde, el segundo piloto.

La mañana aún estaba fresca, pero el aire no se movía, y el trapo colgaba mustio de las vergas.

—El Altísimo no parece muy dispuesto a atender nuestras súplicas —dijo con reticencia Gabriel.

—No hay que llamar a la mala suerte —dijo Santiago del Puerto.

—Ya nos acompaña desde hace días, padre. ¿O no os parece suficiente desdicha habernos metido en esta calma tan cerca del destino?

Felipe Beceiro, capitán de la nao Virgen de las Nieves, se santiguó y escupió en la tablazón un salivazo por el que después pasó el pie.

—Conviene estar en paz con el destino.

—Eso son monsergas de vieja, don Felipe.

—Muestra un poco más de respeto por tus superiores —dijo con sequedad su padre, que bufó y se alejó hacia la borda.

Una bruma amarillenta se había instalado en el horizonte y amenazaba con encerrar al barco e incluso tragárselo. Santiago del Puerto se quitó el gorro y sacudió la cabeza. El comentario de su hijo no le había agradado. No era supersticioso, pero el muchacho ya tenía edad para ser un poco más comedido. En ocasiones como aquella, dudaba del acierto de haberlo nombrado primer piloto de la nao.

—No os preocupéis, que ya moderará la conducta y hasta se hará juicioso y ordenado. —La voz del capitán Beceiro vino a sacarlo de

su recogimiento—. Detrás de esos modales de petimetre hay buena madera.

—¿Cómo lo sabéis?

—Tiene a quién parecerse, Santiago. —Beceiro se situó a su lado, apoyado sobre la borda. El agua era un metal bruñido y opaco, quieta como la superficie de una charca.

—En eso confío, Felipe; aunque también creí que el compromiso del matrimonio le haría sentar la cabeza, y ya veis que no.

—Ya se curtirá, creedme. De sobra lo hará. Y hasta echaréis en falta sus disparates.

Santiago se mantuvo en silencio, observando las pequeñas arrugas que cuarteaban el rostro de su amigo, cocido por el sol y la intemperie, y que hablaban de toda una vida dedicada al mar. Felipe Beceiro estaba destocado, y el cabello entrecano y espeso le cubría las orejas. Un mechón osciló levemente y se aquietó para, al momento, volver a moverse, pero Santiago del Puerto no se percató realmente de lo que ocurría. Fue necesario que el segundo piloto se acercase a ellos y señalase a la vela de gavia, cuyo trapo comenzaba a agitarse.

—Mis señores, parece que al fin el Cielo ha escuchado nuestros ruegos—dijo Juan Ugalde.

—Eso parece —respondió el capitán.

Ya llevaban cuatro días de calma chicha, y algunas hablillas de desaliento habían surgido entre la tripulación. Pero el viento estaba allí, cada vez más firme. Los cuatro hombres cruzaron el combés, esquivando los muchos bultos allí arrumados, hasta alcanzar la escala que conducía a la cubierta del alcázar. Al poner el pie en ella, Gabriel le ordenó a un grumete que pasaba por su lado que fuese a despertar a doña Isabel.

—Rápido, muchacho, que tengo prisa.

Desde la cubierta del alcázar se dominaban los movimientos de la tripulación. Retazos de azul adornaban el cielo y el horizonte se ampliaba.

—Señor Ugalde, la nao es vuestra —dijo el capitán—. Cuando avistemos tierra avisadme. —E hizo ademán de marcharse.

—¿Cómo que suya? —preguntó Gabriel.

—¿No has oído bien, muchacho?

—Yo soy el primer piloto. Cuando el capitán no está sobre cubierta el mando es mío. ¿O es un título honorífico el que tengo?

Felipe Beceiro se volvió, sorprendido.

—Gabriel, te tengo en mucha estima, pero cuando un capitán da una orden se obedece sin rechistar. —Y, dicho tal, desapareció por la escotilla de la tolda.

Gabriel se mordió la lengua para no contestarle al capitán como se merecía. Pero estaba rabioso, y necesitó un rato para dominar el disgusto y componer el gesto. Mientras tanto, el segundo piloto había llamado al contraмаestre de la nao, que apareció a su lado como descolgado de un cabo.

—Soltad el trapo, señor Cabrillo, que nos vamos a La Habana.

—¿Qué rumbo ponemos? —preguntó el contraмаestre con un brillo felino en los ojos.

—Oeste cuarta al sur. Ah, y Cabrillo...

—¿Sí?

—Quiero tres rizos en la mayor y otros tantos en el trinquete.

—Como lo ordenéis —dijo el contraмаestre con un movimiento seco de la cabeza. A pesar de ser macizo como una roca, bajó con agilidad al combés. Hizo sonar con estridencia su silbato y repartió patadas y rebencazos entre la marinería con pródiga brutalidad.

En pocos momentos, una vertiginosa actividad sustituyó a la quietud que había reinado sobre cubierta. El viento tensó el trapo e hizo restallar a la jarcia y crujir a los palos. La Virgen de las Nieves comenzó a desperezarse de su letargo de días y la proa dibujó dos tímidos bigotes blancos en las aguas todavía calmas del golfo de México.

Las órdenes dadas por Ugalde extrañaron a Gabriel y tuvieron el efecto de sacarlo de sus negras reflexiones.

—¿Por qué no habéis ordenado tomar rizos en las velas, señor Ugalde? —preguntó con voz muy suave—. ¿Es que no tenéis ganas de arribar a La Habana, u os importa un comino que perdamos a la Flota de las Indias?

El segundo piloto calló, pensativo. No se fiaba del tono engañoso de su joven y orgulloso compañero.

—Es mejor esperar a que la bruma termine de levantar. Estas aguas son traicioneras, y no conocemos nuestra posición con seguridad —respondió al fin Ugalde, un hombre corpulento, con el cabello castaño y la barba muy crecida.

Gabriel no aceptó las explicaciones del piloto:

—No me esperaba de vos tanta indecisión.

—No es indecisión, sino prudencia. Ni ayer ni hoy hemos medido la altura, y podemos estar a veinte leguas de la costa o solo a dos. Después del calmazo donde nos hemos metido, tanto da esperar un poco más, al menos hasta que despeje y podamos otear el horizonte, ¿no os parece?

—No envolváis en prudencia lo que no lo es. Sabéis bien que, con el viento, la bruma levantará antes de que alcancemos a ver la costa.

Juan Ugalde, que era solo unos años mayor que Gabriel, se armó de paciencia para no responder con aspereza a las desconsideradas palabras del hijo del armador de la nao. Estaba empezando a resultarle cargante cuidar de un mozo tan fatuo, incapaz de comprender que el nombramiento de primer piloto no otorgaba, por sí mismo, sabiduría ni mucho menos experiencia. Si no hubiera sido por su padre, lo habría tirado por la borda tiempo atrás.

2

Santiago del Puerto era la cabeza de una pequeña y lucrativa sociedad familiar de mercaderes tratantes de la Carrera de Indias. Él operaba desde el puerto de Veracruz mientras que Castilla era territorio de sus hermanos Sancho y Antonio, que residían en La Coruña y Sevilla, respectivamente. Los Del Puerto poseían, desde hacía unos años, la preciada licencia real para el comercio de tintes entre Castilla y la Nueva España, y eran dueños de una pequeña flota de dos naos, una carabela y varios navíos menores. Normalmente, Santiago del Puerto desembarcaba en La Habana, donde se dedicaba a buscar fletes, adquirir mercancías y sondear cualquier posibilidad de ampliación del negocio, mientras los capitanes de los navíos se encargaban de hacer el salto del Atlántico; pero este era un viaje especial.

Con él iban sus dos hijos menores, Gabriel e Isabel. El primero, además de acompañarlo para conocer de primera mano el comercio transatlántico, se había prometido con la hija de un próspero richombre de la isla de Terceira. Tenía puestas muchas esperanzas en aquel enlace, con el que pretendía extender su red comercial a las Azores, punto de paso de las flotas que regresaban a la península desde las Indias Occidentales y Orientales. A Isabel la llevaba a Sevilla, con su hermano Antonio, que se encargaría de buscarle un

marido a la altura de su linaje y su dote, y de los intereses de la sociedad familiar.

Santiago había sido mudo testigo de la conversación que había mantenido su hijo con Ugalde, y se acercó a él para reprenderlo.

—¿Cómo se te ocurre burlarte del señor Ugalde?

—¿Os referís al segundo piloto?

—Me refiero a una mierda. —Don Santiago dio con el puño en la madera de la baranda—. No te voy a permitir que pongas en entredicho el trabajo del señor Ugalde, un hombre capaz de dirigir un barco en la más dura tormenta o de meterlo por una embocadura más cerrada que un ojal. Ugalde está aquí porque yo le he pedido que te enseñe el oficio, y no tiene que aguantar el que le pongas objeciones a lo que dispone. Ni tampoco tu sarcasmo.

—Yo ya soy un piloto. He estudiado matemáticas, física y náutica, me he quemado los ojos leyendo librotos más aburridos que salterios, sé medir la altura del sol, calcular rumbos y leer portulanos, y hasta he aprendido a hablar la lengua de los herejes, como vos me exigisteis.

—Es cierto que has estudiado, que en eso me has obedecido, al menos algunas veces, pero también has malgastado el tiempo con malas compañías, enredos de faldas y peleas de taberna. —A Santiago del Puerto le vino a las mientes la última refriega que tuvo su hijo en una corrala de Veracruz por un quítame allá esas pajas, donde no hubo sangre porque Dios no lo quiso, y también recordó los oficios que hubo de hacer, con doblones de por medio, para evitar que lo apresaran. *Qué puto cabrón*, pensó.

—Además, ya he mandado algunos barcos en las aguas del golfo —añadió Gabriel, ignorando el comentario de su padre.

—Fustas y bergantines de cabotaje, pero de gobernar un navío de altura tienes la misma experiencia que un grumete. Mírate —dijo don Santiago con desdén—. No solo no eres ni la mitad de la mitad de buen marino que Ugalde, sino que ni siquiera lo pareces. Con esas ropas de currutaco y esos modales almidonados no vas a inspirar el respeto de la tripulación.

—Estos brutos lo único que entienden es el trato de cuerda.

—Me parece que el bruto es otro. ¿Qué he de hacer para que entiendas que en una nao dependes siempre de tus hombres, en las buenas y en las malas, que para gobernarlos debes mostrarte firme pero justo? No vas a hacer carrera si los desprecias.

El segundo piloto se apartó con disimulo de una conversación que no estaba destinada a sus oídos, pero, con su marcha, Gabriel se dio cuenta de su presencia y se lo recriminó a su padre con acritud.

—Me estáis humillando delante de él, y eso no os lo voy a tolerar por muy padre mío que seáis.

Santiago del Puerto no se molestó por la bravata de su hijo. Para qué. Estaba acostumbrado a sus arrebatos y vehemencias, a que dijese lo primero que le venía a las mientes, sin medir el resultado. Pero la culpa no era de él, sino suya, y de su madre, y también de sus hermanos, que llevaban toda la vida consintiéndolo. Quizás tuviera buen fondo, como decía Beceiro, pero escondido bajo muchas capas de majadería.

—No te quejes, porque delante de los hombres has intentado tú desacreditar a Ugalde.

—Me enganchasteis en este viaje con la promesa de un mando, pero no me dejáis mandar nada —respondió Gabriel.

—¿Es que no lo entiendes? Tú eres mi hijo, y no deseo que seas el piloto de una nao, ni su capitán, para eso ya están Beceiro y Ugalde, sino su armador o su dueño.

—Entonces, ¿para qué me habéis traído?

—Porque quiero que te foguees en el oficio, que conozcas la travesía del Atlántico y te familiarices con la ruta y sus peligros, que aprendas a negociar y cerrar un trato, a conocer a los hombres y a dirigirlos, pues todo eso te va a hacer falta para desenvolverte con éxito en este mundo. Y para que te cases, coño.

—También en esa empresa me habéis enredado, padre. ¿Por qué no podía casarme en Veracruz?

—Porque en Veracruz no tienes nada que aportar a la familia. Allí ya está tu hermano Francisco, que se encarga del almacén y tiene sus dignidades y beneficios, y tus hermanas mayores, que han hecho buenos matrimonios. Así que el único disponible para el asunto de las Azores eras tú.

—¿Y a Isabel también os la teníais que traer? ¿No os parecía adecuado el hijo del regidor?

—El menor de siete varones —puntualizó don Santiago—. ¿Qué futuro tendría ese enlace?

—Pero a ella le gustaba el mozo.

—Más motivo para habérmela traído.

Su padre tenía una forma muy estrecha de enfocar las cosas. Todo lo que no fuera hacer crecer la sociedad comercial y engrandecer a la

familia carecía de trascendencia para él. Gabriel sabía que su vida había sido difícil, que sus tíos y él habían empezado con muy poco y se habían labrado su propia fortuna a base de esfuerzo, de coraje y de correr muchos riesgos. Pero eso no justificaba que dispusiera de sus hijos como peones de ajedrez. En especial de su hermana, que era una jovencita sensible e inocente, muy apegada a las faldas de su madre.

—Al menos, espero que la portuguesa valga la pena.

—Arreglar este enlace nos ha costado lo nuestro a tu tío Antonio y a mí. Espero que te enmiendes y no lo malogres con más descarríos, porque en Terceira no voy a estar yo para componer tus insensateces. Tengo la esperanza de que este viaje te sirva para madurar y convertirte en un hombre de provecho, pero mucho me temo que va a ser en vano el empeño.

Gabriel enrojeció y miró alrededor por si alguien los estaba escuchando. La charla con su padre, una más de las muchas que habían tenido desde que zarparon, no conducía a nada, pues a él los fletes y contratos le traían sin cuidado, y prefería cien veces comandar un navío que hacer negocios con su cargamento, pero su padre parecía no darse cuenta de ello.

Se tragó su descontento, abandonó la cubierta de la tolda y bajó al combés. Allí se recostó sobre el cabrestante y observó el movimiento de los marineros con el trapo y la jarcia, y su gran diligencia bajo la mirada atenta del contramaestre y la amenaza de su rebenque. Se tomaban rizos, se cazaban escotas, las vergas giraban sobre los palos, el viento llenaba las velas y la nao viraba hacia estribor, buscando el rumbo señalado.

Junto a él cruzó, casi a la carrera, el grumete al que le había encargado que llamase a su hermana.

—Eh, muchacho, ¿avisaste a mi hermana?

—El señor Cabrillo me ordenó que llenara de aceite la bujía de la bitácora. —El grumete alzó los brazos a modo de disculpa.

—¡Tendrás desfachatez! —Gabriel le lanzó una patada que esquivó el grumete—. Tendré que ir a llamarla yo mismo.

3

La tolda ocupaba una tercera parte de la cubierta principal, desde el combés hasta la popa. Su entrada se abría a un estrecho pasillo con

cuatro pequeñas cabinas a cada lado que servían para alojar a los pasajeros principales que viajaban a bordo. Al fondo del pasillo estaba la puerta de la cámara principal. Gabriel se allegó hasta ella y entró. La cámara tenía seis pasos de largo y siete de ancho. El ventanal que caía sobre la popa de la nao la mantenía luminosa y ventilada. La espaciosa estancia pertenecía por derecho propio al capitán, pero Felipe Beceiro se la había cedido a su hermana y a la doncella de esta como un favor muy especial.

Elvira, la doncella, se había levantado hacía tiempo. Eso lo sabía bien Gabriel, porque había estado a su lado hasta el alba. Isabel no imaginaba que, desde hacía un tiempo, su hermano se estaba viendo a escondidas con ella. Y si por ventura lo hubiese sabido, no iba a ser fácil que lo perdonara. Pero la travesía resultaba muy aburrida, y en cambio Elvira era una mujer tan traviesa que no pudo, ni quiso, desaprovechar la ocasión de conseguir sus favores. Algunas noches, Elvira salía a hurtadillas de la cámara principal para introducirse en la cabina de Gabriel, que estaba mamparo con mamparo, y con frecuencia se le escapaban risas subidas de tono o gemidos tan reveladores que, si no hubiera sido porque los amortiguaban los ruidos propios de un navío en marcha, no ya Isabel, sino la tripulación entera estaría al tanto de su escarceo.

A un costado de la cámara había un lecho grande donde reposaba su hermana envuelta en un lío de sábanas por el que asomaba su pálido rostro. El hermoso cabello castaño se derramaba sobre el almohadón. Antes de despertarla la observó atentamente, los pómulos anchos, las mejillas delgadas, la nariz recta sobre la generosa boca, y unos párpados cerrados que escondían el tesoro de unos ojos de aterciopelado color avellana. Así dormida, le recordaba a la dulce niña de su infancia. No parecía que tuviera ya diecisiete años.

La respiración de Isabel se volvió acelerada, lo que delató que se había despertado, pero alargó el momento de abrir los ojos.

—Buenos días, Gabriel —dijo, encañonándolo por fin con su hermosa mirada.

—Buenas tardes, hermanita —la corrigió él, alborotándole el cabello y depositando un beso suave sobre su frente—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—No quiero comer nada —dijo. La navegación le provocaba una pereza y un decaimiento que aún no había logrado superar.

—Pues Elvira ha dejado esas cosillas para ti. —Gabriel señaló hacia una bandeja de plata que reposaba sobre un arcón. Había tres cuencos con higos dulces, piña cortada en rodajas y confitura de naranja.

Ella ignoró los manjares, apartó las sábanas y se sentó en el borde de la litera. Llevaba una camisa larga para dormir, muy arrugada, que se le pegaba al cuerpo y permitía intuir sus formas. Gabriel la observó con discreción y pensó en cómo reaccionarían los hombres de la tripulación si la vieran en aquellos momentos.

—¿Navegamos de nuevo?

—Desde hace un rato —respondió Gabriel con un gesto de desagrado al recordar el incidente con su padre y el piloto.

Abrió de par en par las hojas de la ventana y salió al pequeño balconcillo de popa, situado sobre la pala del timón. La nao había ganado velocidad y dejaba tras de sí una ligera estela espumosa. Las aguas eran aún grises, como su propio humor. Absorto en sus pensamientos, no se dio cuenta de la cercanía de Isabel, que, sin atreverse a salir al balconcillo, extendió el brazo derecho con la bacinica, ofreciéndosela para que vaciase su contenido. Él lo hizo mecánicamente, con fuerza y hacia un lado, para que el viento no se lo echase encima. Luego se la devolvió.

—¿Qué ha ocurrido, Gabriel?

—Nada.

—No intentes engañarme. Conozco muy bien ese ceño arrugado.

Gabriel se mantuvo en silencio. Le parecía poco varonil contarle sus cuitas a su hermana, pero tampoco quería desagradarla. Así que abandonó el balconcillo, se acercó a ella y le hizo un resumen suavizado de lo ocurrido. Isabel había cogido una rodaja de piña y la morisqueaba sin mucha devoción. Esas piñas las habían cargado en Yucatán, y ya quedaban pocas en la bodega particular de su padre.

—No hay que darle vueltas al asunto: padre es como es, y no va a cambiar. Aplícate un poco durante el viaje, trata mejor a la gente y aprende lo que puedas, que ya tendrás tiempo en las Azores de hacer las cosas a tu manera, sin que nadie apruebe o desaprobe tus actos.

Gabriel envidiaba la facilidad de su hermana para separar el grano de la paja y mirar hacia delante con una clarividencia y sabiduría propias de alguien mucho mayor. Ellos habían estado más unidos que el resto de los hermanos, e Isabel tenía una sensibilidad especial para comprenderlo.

—En fin, qué más da. Esta tarde estaremos en La Habana y podremos romper la monotonía de la vida a bordo —concluyó Gabriel, restándole importancia al asunto—. ¿Vendrás fuera?

—Dame un ratito y saldré.

Cuando Gabriel regresó a cubierta, el cielo se había despejado y el sol estaba alto. Era el momento de medir su altura, tarea que le correspondía a él. El grumete que lo ayudaba ya lo estaba esperando al pie del árbol mayor, con una talega a cuestas. Se llegó hasta él, extrajo el pesado astrolabio y se situó con la espalda pegada al mástil. Alzó el instrumento hasta la altura de su rostro, pegó la mejilla al metal, cerró el ojo izquierdo y, con la mano derecha, fue deslizándolo lentamente la aguja giratoria para que sus diminutos orificios enfilaran al sol.

Debía pesar el sol al menos tres veces más, en breves intervalos, para asegurarse de que la medición se hacía justo cuando alcanzaba el cenit. El horizonte se veía con nitidez y por la banda de estribor, muy tenue, empezaba a perfilarse la línea de la costa.

Llevaban ya cinco semanas de monótona travesía. En abril habían partido del puerto de Veracruz hacia la costa del Yucatán. Aquella primera etapa, navegando por el sur del golfo de México, había sido la más venturosa, con buenos vientos que les permitieron avanzar con rapidez. Pero en Campeche estuvieron fondeados más de dos semanas, a la espera de una carga de maderas para tintes que nunca llegaba. Dos semanas de aburrimiento en una villa pequeña, encajonada entre el mar y la selva, soportando el calor, las nubes de mosquitos, los voraces jejenes y las innumerables pulgas que atestaban las cubiertas, sin nada interesante que hacer.

Durante aquella escala habían comenzado sus encuentros con Elvira, una morena de generosas hechuras y mirada ardiente, que pasaba de la treintena. Había enviudado recientemente de un soldado de poca fortuna y deseaba regresar a su Sevilla natal. Sus padres la habían escogido como dama de compañía de Isabel porque sabía leer, era diligente y buena conversadora y podría entretenerla durante la larga travesía.

Aparte de las noches con Elvira, el único solaz de aquellos días había sido la compañía de su hermana, que en el puerto había recuperado la salud y lozanía y pasaba muchos ratos con él en la cubierta de la tolda, donde el capitán había mandado tender una lona, a modo de palio, sobre el enjaretado para hacer más soportables las

horas de sol. Leían pasajes de algunos libros de caballerías o de obras teatrales que habían tenido la precaución de llevar consigo, jugaban a las adivinanzas y los acertijos, conversaban sobre la vida que habían dejado en Veracruz o fantaseaban sobre el futuro que les esperaba. A veces Gabriel acompañaba con el requinto algunas de las muchas coplas que su hermana se conocía. Cuando Isabel cantaba, las actividades a bordo se detenían y los hombres se quedaban alelados escuchando el hermoso timbre de su voz.

—Muchacha, voy a tener que prohibirte que cantes —le decía en broma el capitán Beceiro—, porque vas a convertir a mi tripulación en un atajo de vagos.

La demora ocasionada en Campeche fue aumentando en las siguientes singladuras, en las que navegaron hacia el noreste por aguas peligrosas y con vientos cambiantes. Superaron los bajíos de los Alacranes, alcanzaron los cayos más occidentales de la Florida y, a pocas leguas de la isla de Cuba, perdieron el viento y las calmas los retuvieron los últimos días.

Al terminar de medir la altura, Gabriel fue a darle las novedades al capitán, que charlaba con el piloto Ugalde en el alcázar.

—Nos hallamos en veintitrés grados y un cuarto, don Felipe, casi en la línea del trópico, y la tierra que apunta por estribor es la costa norte.

—Entre Bahía Honda y Cabañas, calculo —dijo Beceiro—. Ya falta poco para avistar la punta Brava.

—Si se mantiene este viento, a media tarde estaremos en La Habana —añadió el piloto.

Gabriel decidió olvidarse del debate de la mañana y pegar la hebra con los dos marinos, mientras esperaba a que apareciese Isabel. Alababan ambos las virtudes de la nao.

—Es robusta y muy marinera —dijo Ugalde—, y aguanta bien el paso del tiempo.

—Mi padre está muy orgulloso de ella.

—Ya puede estarlo, Gabriel, porque el negocio le salió redondo —aseguró el capitán Beceiro—. Se la compró a un armador de La Habana por cinco mil ducados y a los tres años ya la había amortizado.

La Virgen de las Nieves arqueaba doscientos cuarenta toneles y tenía dos cubiertas corridas, castillo de proa y alcázar de popa, con su tolda y su toldilla. El casco estaba construido con madera de gua-

yacán, muy resistente a la broma, y los mástiles y masteleros eran de bálsamo de Honduras. Las amplias bodegas estaban llenas de cochinilla mexicana, palo de Campeche, palo de eque y, en menor medida, de azúcar de caña, cuero, hierbas medicinales, troncos de caoba y un cajón lleno de perlas de Cumaná.

La familia Del Puerto no había escatimado para embarcar una dotación generosa, con cuarenta marineros y nueve hombres de pelea, suficientes para gobernar la nao y defenderla en caso necesario. Además, contaban con dos falconetes de pivote y dos culebrinas de pequeño calibre, montadas sobre cureñas.

Para completar el espacio disponible, y mediante el pago de una buena bolsa, habían aceptado a un funcionario de la corona y un hacendado de la ciudad de México, que volvían a España con sus familias y criados, a dos mercaderes y a un grupo de novicios indígenas, acompañados por un fraile viejo, que viajaban a Valencia para formarse en su seminario.

El mar empezaba a rizarse y la proa cabeceaba cada vez más. El viento, flojo del norte, entraba del través, y la cubierta se inclinaba ligeramente hacia la banda de estribor. No se oteaban embarcaciones en el horizonte y la costa era una línea azulada y baja que atraía las miradas de todos con una fascinación semejante a la de las llamas de una hoguera. Y no era para menos: después de un mes y medio de navegación en solitario y sin escolta, por fin finalizaban la primera etapa del viaje, la más peligrosa.

—¡Qué extraño! —exclamó Ugalde—. Con las dos flotas ancladas en el puerto de La Habana, este pedazo de mar debería estar bullendo de todo tipo de barquichuelos para el comercio y aprovisionamiento de la flota. Ojalá no nos hayamos retrasado demasiado y encontremos vacío el puerto.

—No seáis cenizo —respondió el capitán—. Todavía estamos en mayo y la flota rara vez parte antes de junio.

El grito del vigía, avisando de una vela por la aleta de estribor, interrumpió la conversación.

—Ya veis, señor Ugalde —dijo Gabriel con una mal disimulada satisfacción—, los barcos están saliendo de sus fondeaderos y en poco tiempo la mar se poblará de velas.

Los tres hombres subieron al coronamiento de popa para observar mejor al navío. También los marineros habían hecho un alto en sus faenas, el contraмаestre había dado reposo a su silbato e incluso

la gente de pelea había detenido la partida de dados con la que se entretenían desde el amanecer.

—Es un navío de buen porte —dijo Felipe Beceiro, a quien se le había borrado la sonrisa de la cara. Incontinentemente, mandó bajar al vigía para pedirle más detalles sobre el avistamiento a lo que el marinero le respondió que había aparecido de repente, tras un saliente de la costa.

—Tal vez provenga de los cayos —sugirió Ugalde.

—O de más allá. Y navega en paralelo al litoral —apuntó el capitán, que permaneció unos momentos en silencio, acodado sobre la borda e inmóvil como una estatua de sal. El contramaestre Cabrillo y Santiago del Puerto se sumaron al grupo.

—Podría ser un barco que se dirige a La Habana, como nosotros —dijo el armador.

—O un corsario que quiera cortarnos el paso antes de que la alcancemos.

—¿Estás seguro, Felipe?

—No, pero no le voy a dar ninguna ventaja, así lleve a bordo a una congregación de monjas o al mismísimo Francisco Dráquez.

4

—¡Corsarios!

No había palabra más temida en el mar que esa. En un instante la tripulación y el pasaje se habían enterado del posible peligro y se encomendaban a Nuestro Señor y a la santísima Virgen. El capitán Beceiro torció el gesto, porque en nada favorecía tener a la gente temerosa, pero no perdió la calma, y obró como la situación lo requería.

—Señor Ugalde, virad dos cuartas al sur y soltad todo el trapo. Y que vengan el condestable y el cabo de pelea.

El piloto saltó como un resorte, mandó llamar a los aludidos y ordenó al contramaestre poner a toda la marinería a la labor. Cabrillo no se hizo repetir la orden, y al poco sus ladridos asustaban más que la presencia de los corsarios.

En cuanto los tuvo delante, Beceiro ordenó al condestable que aprestara las culebrinas y el falconete, y al cabo que comandaba la gente de pelea lo envió a los palos:

—Señor Robledo, vos y vuestra tropilla no habéis hecho más que holgazanear, beber, jugar y ofender al Altísimo, pero ahora quiero que situéis a seis hombres en las vergas de la mayor y el trinquete y a otros tres en el coronamiento de popa, con las armas listas y bien municionadas.

—Mucho nos hemos aburrido en esta travesía, y la gente de guerra es difícil de sujetar cuando eso sucede —se justificó el cabo, un toledano barbado y con el pelo tieso—, pero ahora podremos quitarnos de tanta molicie.

—Confiemos en que no haga falta. —El capitán despidió al señor Robledo y a continuación se dirigió a Gabriel—. Os he oído alardear de tener la vista de un azor, muchacho, así que subíos a la cruz de la gavia y avisad de lo que veáis.

Gabriel alzó la mirada y observó el lugar que señalaba Felipe Beceiro, el más elevado de la nao, donde un simple tablón hacía de plataforma.

—¿Os dan vértigo las alturas? —Había retranca en las palabras del capitán.

—Ninguno —respondió Gabriel. Al punto se despojó con mucha tranquilidad del sombrero de fieltro con que se cubría y del elegante jubón, que entregó a su padre, y se dirigió a la mesa de obenques del palo mayor.

Pese a la seguridad con que había hablado, no las tenía todas consigo cuando comenzó a trepar por los flechastes. El primer tramo, hasta la cofa, no le costó mucho. Allí intercambió un breve saludo con el marinero que había dado el aviso, pasó como pudo junto a él y se encaramó a los obenques del mastelero, que eran menos y más verticales que los anteriores. La vela de gavia flameaba aún, y uno de los cabos le azotó tan fuerte en la mano izquierda que estuvo a punto de soltarse. Al fin alcanzó la cruz de la gavia y asentó las posaderas en la diminuta plataforma de vigilancia mientras se abrazaba al mástil del ajado gallardete en el que campeaba el escudo de los Del Puerto.

Desde allí podía observar cómo maniobraba la nao. El timonel movió el pinzote mientras los marineros, al son de las voces y pitidos del contra maestre, braceaban las vergas, soltaban la boneta de la mayor, desplegaban el velacho y cazaban los puños de las velas con las escotas, hasta conseguir que el trapo estuviera tenso. A aquella altura, el cabeceo era mucho más pronunciado, sobre todo con

el nuevo rumbo, que los obligaba a cortar las olas con mayor perpendicularidad.

La otra nave, que les quedaba a estribor, navegaba con el velamen totalmente desplegado y del casco apenas podía divisar Gabriel una mancha oscura que aparecía y desaparecía entre las olas. De momento, era imposible distinguir su artillería y, menos aún, la dotación que llevaba.

La Virgen de las Nieves aumentaba su velocidad a medida que el señor Ugalde, con sus atinadas órdenes, lograba que la nao ganase mejor el viento. La proa caía con fuerza en los senos de las olas más grandes, que barrían inmisericordes la cubierta, pero al momento se alzaba como un corcho en una pileta. El viento, que había aumentado su fuerza, hacía escorar levemente a la nao a estribor, pero desde la posición de Gabriel parecía que fuera a volcar de un momento a otro, e instintivamente se aferraba al mástil como una garrapata a su huésped. La cubierta parecía a un millar de codos de distancia.

La costa se hacía más nítida y precisa según se aproximaban a ella. La ensenada de Cabañas quedó atrás, y ya se perfilaba la del Mariel. Ambos barcos llevaban un rumbo convergente, y si ellos acortaban la distancia a tierra, el otro navío ganaba en longitud. Gabriel no conocía el litoral de la isla, ya que solo una vez lo había llevado su padre, y de eso hacía cuatro o cinco años, pero no habría de faltar mucho para avistar la punta Brava.

Por los gritos del contramaestre, que se hacían oír por encima de cualquier otro sonido, supo que estaban trasladando a estribor la culebrina de babor, para concentrar todo el fuego en aquella banda. También vio a los hombres de pelea trepar a las vergas e intentar acomodarse en ellas con torpeza, lastrados por el peso de los arcabuces. El cabo de la escuadra lo saludó con el brazo. A Gabriel no le agradaba mucho el trato tan familiar que le dispensaba, pero le devolvió el gesto.

La distancia con el otro navío menguaba sin prisa pero sin pausa. Su porte era menor que el de la Virgen de las Nieves, aunque este detalle no tranquilizaba a Gabriel, pues los corsarios solían emplear pequeñas fragatas, bien artilladas y muy maniobrables, para esconderse en la costa y sorprender a sus presas. Aparejaba tres palos, y su aguda mirada le permitió distinguir las diminutas sombras de los marineros moviéndose por la jarcia. El casco era alargado; sin em-

bargo, al estar pintado de color negro, se hacía difícil apreciar las troneras de los cañones.

Al volver la vista a la costa, Gabriel vio un cabo pronunciado tras el que apuntaban dos cerros que parecían tetas, que intuyó que sería la punta Brava. Y en efecto, unos instantes después, el vigía de la cofa lo anunció con un grito.

Abajo, sobre el alcázar, Gabriel podía ver las pequeñas figuras de su padre, el capitán Beceiro y Ugalde. También distinguía el colorido vestido de Isabel y el más apagado de Elvira. Buen momento había elegido su hermana para salir a cubierta. ¿En qué estaría pensando su padre para no enviarla de vuelta a la cámara? Aunque, bien pensado, la emoción del momento le haría olvidar sus achaques y mareos.

El viento había despejado todo rastro de bruma y el sol, alto en el cielo, permitía una visibilidad excelente. El mar era de un color azul oscuro perfecto y el horizonte se recortaba en una línea tan clara que parecía trazada con una pluma.

Los ojos de Gabriel se posaron en las insignias que campeaban sobre los palos del navío corsario, y no vio por parte alguna el característico trapo negro. Al contrario, la del mayor era clara y la otra, que ondeaba en el trinquete, morada. Si hubieran estado completamente desplegadas, ya habría podido identificarlas.

Gabriel escuchó cómo el capitán Beceiro ordenaba al piloto que distribuyese sables y cuchillos entre la marinería y al condestable, que cebaran los cañones y los tuvieran listos para hacer fuego. En ese momento, el otro navío corrigió media cuarta su rumbo para superar la punta Brava y el viento extendió por completo los pendones: en el palo mayor ondeaba una bandera blanca con el aspa roja de san Andrés, la enseña inconfundible de la Casa de Austria.

—¡No es un corsario! —gritó Gabriel a pleno pulmón, y, hecho tal, bajó con presteza de su puesto. Los hombres se quedaron confundidos durante unos instantes, sin saber qué hacer, pero el capitán Beceiro ordenó mantener el orden de combate.

—¿Qué ocurre, don Felipe? —se extrañó Gabriel cuando llegó a su lado—. Ese barco es un mercante español, como nosotros.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó el capitán, que no terminaba de fiarse.

—Porque enarbola el pabellón real.

—Los corsarios a menudo lo hacen para confundir a sus presas —intervino Ugalde.

—¿Y también la enseña del obispo de Chiapas? —se mofó Gabriel—. Porque no creo que sea norma entre los corsarios hacer uso de ella.

—¿Estás seguro, hijo?

—Padre, sé que no tenéis confianza en mis habilidades marineras, pero conozco al dedillo las enseñas de todos los que comercian en estos mares y puedo aseguráros que ese navío está fletado por el obispo de Chiapas. Además, en sus cubiertas se arruman tantos bultos que entorpecerían cualquier acción de combate.

—Sin embargo, llevan tiradores en las vergas —insistió Ugalde.

—Nos habrán tomado por corsarios, igual que nosotros a ellos.

Convencido al fin, el capitán resolvió retirar a la gente de pelea de los palos e izar el pabellón de los Austrias para tranquilizar al otro navío y para que en la ciudad supieran su procedencia. En todo caso, lo que no hizo fue aminorar la marcha, pues era ya cuestión de honrilla llegar a La Habana antes que ellos.

—Vamos a ganarles por la mano, señor —dijo el piloto Ugalde.

—Quién sabe —dijo pensativo el capitán—. Les llevamos ventaja, pero en la virada quizá nos ganen terreno.

—¿Y qué significa eso, don Felipe? —preguntó Isabel, frunciendo ligeramente las cejas.

—Cuando estemos frente a La Habana, tendremos que dar un giro para poder embocar la entrada del puerto —Ugalde se adelantó al capitán Beceiro con la explicación—, y esa maniobra nos llevará un tiempo.

—Pero también ellos tendrán que virar, ¿verdad? —Los hombres rieron la impecable lógica del razonamiento de Isabel.

Gabriel, que había estado cruzando algunas miradas furtivas con Elvira, se fijó en su hermana. Se había puesto un bonito vestido malva y verde, más propio de una recepción en palacio que de la cubierta de un navío, y se había convertido en el centro de atención.

—Cierto, mi señora —Ugalde desplegó una amplia sonrisa, contento por poder satisfacer la curiosidad de Isabel—, pero con la derrota que llevan ellos, su maniobra será más sencilla que la nuestra.

—Sigo sin entender, señor Ugalde, pero os agradezco la explicación.

Gabriel se había dado cuenta de la inclinación que mostraba Ugalde hacia su hermana y del agrado con que ella acogía sus atenciones. Y eso le disgustaba. Ni le caía bien el hombre ni conocía sus

intenciones. En todo caso, no era momento de ser aguafiestas: Isabel parecía entusiasmada.

En el otro navío debieron de pensar lo mismo, y pasó de ser un posible enemigo a un feroz contrincante. La tripulación estaba encantada con la idea de una carrera y se aplicó con empeño en la faena. Los cabos estaban tensos y todas las velas cargaban perfectamente. Cuando apareció el castillo de la Real Fuerza, la Virgen de las Nieves llevaba un cable de ventaja. Ya era perfectamente visible la cubierta del otro navío, las figuras de varios hombres sobre el alcázar y los marineros laborando en el aparejo. De uno a otro barco se hacían ademanes de desafío y se gritaban en una actitud festiva que contrastaba con la zozobra vivida.

Llegó por fin el momento de embocar la bahía. Ugalde dirigió la maniobra con la pericia que lo caracterizaba, dando órdenes precisas que el contraamaestre transmitía a su manera.

—Tres cuartas a estribor —dijo el piloto.

—Timonel, tres cuartas a estribor, ya —repitió Cabrillo—, o te meto el puto pinzote por el culo.

La nao trazó un elegante arco hasta conseguir embocar el puerto, antes de que el otro navío comenzase a virar.

El canal de entrada apenas tendría dos cables de anchura y la nao se deslizaba casi en paralelo a la línea de las olas, recibiendo el mar por estribor.

—Que recojan la mayor, Cabrillo.

—La mayor arriba, escoria de los mares —rugió el contraamaestre, haciendo restallar el rebenque.

El capitán Beceiro asistía en completo silencio a la maniobra, mirando a la ciudad con expresión ensimismada. A babor, la torre del Morro se erguía sobre un muro cortado a pico, como pétreo centinela, y, más adelante, la costa se quebraba en un talud alto. Por la otra banda podían verse las fachadas de las casas, el trazado de algunas calles, las torres de numerosas iglesias, el palacio episcopal y los muros del castillo de la Real Fuerza, tras cuyas almenas apuntaban algunos cañones. La gente curioseaba desde la orilla, señalaba hacia la nao y los saludaba. Al final del canal se abría la amplísima bahía que hacía tan importante al puerto de La Habana.

—Os felicito por la maniobra, señor Ugalde —dijo Gabriel muy a su pesar. Pero lo que estaba bien hecho lo estaba, y era de caballeros reconocerlo.

—El viento nos la ha facilitado mucho —respondió el piloto, quitándole importancia al asunto.

Estaba mediada la tarde cuando echaron anclas a unas cien varas de la orilla, en la ensenada de Atares, una de las tres que, como un trébol, conformaban la bahía.

Sin embargo, pese a tan exitoso arribo, nadie lo celebró a bordo, porque no había ninguna flota en el puerto.

5

La Habana tenía uno de los mejores puertos de las Indias Occidentales: tan amplio que cabían en él más de un centenar de navíos; con buen fondo, lo que permitía a los barcos anclar muy cerca de la orilla; y bien resguardado de nortes, tempestades y corsarios. Además, su situación, cercana al canal de la Bahama, facilitaba la salida al Atlántico norte. Ventajas que, sin duda, habían influido en su elección como punto de encuentro de las flotas de Tierra Firme y Nueva España antes de partir en nutrido convoy hacia Sevilla.

Pero el convoy ya se había marchado.

—Hemos llegado tarde, Felipe —le dijo don Santiago a su amigo.

—Nos entretuvimos más de lo esperado y esos calmazos nos han dado la puntilla.

Durante unos momentos reinó el silencio entre los dos hombres, mientras contemplaban un puerto en el que solo quedaban una media docena de navíos de menor tonelaje, barcas de pescadores, chatas de carga y alguna chalupa entoldada para el transporte de pasajeros, además de la fragata con la que habían estado compitiendo, que acababa de penetrar en él.

—Será mejor que convoques a los oficiales —dijo por fin el armador.

Don Felipe asintió y trasladó la orden a un grumete. En breve se allegaban al coronamiento de popa los oficiales mayores y menores: Gabriel, Ugalde y Cabrillo, más el condestable, el bodeguero, el carpintero y el cabo de la gente de pelea, un tal Martín Robledo.

—Como sabéis, se nos ha escapado la Flota —comenzó Beceiro cuando todos se hubieron hecho presentes—. No sé qué pléyade de circunstancias venturosas se han conjuntado este año para que la Flota haya cumplido las Reales Ordenanzas y haya zarpado a

tiempo, pero nos han jodido bien. —El capitán lanzó una carcajada más seca que la galleta de a bordo y los hombres rieron su salida—. En todo caso, os he llamado para resolver qué haremos.

Todos asintieron. Beceiro miró hacia don Santiago y este tomó la palabra:

—Estoy seguro de que vuestas mercedes ya conocen las opciones: regresar a Veracruz o continuar el viaje en solitario. Cada una tiene ventajas e inconvenientes. Si volvemos a Veracruz, malograremos el negocio de este año, pero la travesía será más corta y bonancible. En cambio, continuar el viaje será más rentable para todos, pero nos exponremos al ataque de cualquiera de los muchos corsarios que infestan estas aguas.

—Para mí no son corsarios, señor Del Puerto, sino simples piratas que actúan tanto en la guerra como en la paz —aclaró el cabo Robledo—. ¿O creéis que una patente de corso cambia las cosas?

—Mierda de perro es lo que son —exclamó Cabrillo, y soltó un gargajo sobre las tablas.

—Llámense como se llamen, son una amenaza que no conviene olvidar. En fin, mis señores —concluyó don Santiago—, digan con libertad lo que consideren, pues es mucho lo que hay en juego y justo es que la decisión la tomemos en conjunto.

Se hizo un momento de silencio mientras las ideas se asentaban en las cabezas. Gabriel se hallaba más preocupado por el salivazo de Cabrillo, que por una pulgada no había caído sobre la fina piel de sus escarpines, que por la reunión, ya que él no contemplaba otra opción que no fuera seguir adelante. Y estaba seguro de que su padre tampoco. Aun así, no desaprovechó la ocasión para irritarlo.

—Mejor habríamos hecho en aligerar en Campeche, padre, aunque hubiésemos traído la mitad de carga.

—Lamentarse por lo que no podemos cambiar es tarea vana —dijo don Santiago, molesto por tan desafortunada intervención.

—Nos debe servir de escarmiento para otra vez —insistió el joven.

—Que así sea —medió Felipe Beceiro, lanzando una mirada reprobadora a Gabriel. Y para barrer el mal humor de su amigo y centrar el parlamento, recordó que los corsarios, o piratas, en cualquier lado podrían encontrárselos, tanto en ruta hacia España como de regreso a Veracruz—. O en ninguna parte, como me ha ocurrido en muchas travesías —concluyó.

—La Virgen de las Nieves es recia y alta de borda, y no cualquier pirata podrá abordarla —aseguró Ugalde.

—Pero lleva poca artillería —se quejó el condestable—. Esta nao está destinada al comercio, no a la guerra.

—Vaya, señor condestable, veo que no sois muy amigo de emplear vuestros cañones —le replicó Martín Robledo—. Quizá los mimáis demasiado.

Gabriel no pudo evitar reírse para sus adentros de la salida del señor Robledo, aunque le resultaba enojoso que un simple cabo de pelea tratara de burlarse de un oficial.

—¿Puedo deducir por vuestro comentario que estáis a favor de proseguir el viaje, señor Robledo? —le preguntó con mucha fineza.

—Podéis deducir lo que os parezca, muchacho. A mí me pagan por pelear, y lo mismo me da hacerlo en un mar que en otro. Aunque quizá los señores marineros no sean de la misma opinión, pues mucho arriesgan cruzando la mar oceana y poco ganan.

—En eso os equivocáis, señor soldado —intervino el bodeguero—, porque en esta nao a cada marinero, aparte del salario a tanto fijo, le corresponden unas quintaladas de espacio de bodega para que lleve sus propias mercancías y comercie con ellas. Y ya que me he arrancado a hablar quiero añadir que, aunque regresemos a Veracruz, habrá que comprar víveres para el tornaviaje, pues andamos muy escasos de ellos.

Algunas cosas más se dijeron, que los hombres de la mar, cuando sueltan las lenguas, no son fáciles de contener. Habló uno del viento, otro de las corrientes, dijo ese de la ruta y aquel de las incomodidades de las mujeres en tan larga travesía, asunto que llevó a su vez a otros. Pero al fin se calmó la plática, pues había acuerdo general en proseguir el viaje.

—Entonces, nuestro principal problema será conseguir que las autoridades de la villa nos concedan el permiso especial que exigen las ordenanzas para los barcos que navegan por su cuenta —resumió el capitán—. Y que rara vez otorgan —añadió, alzando el índice.

—¿Y si no tienen a bien dispensarnos la tal licencia? —preguntó Gabriel.

—Habrá que viajar sin ella, muchacho —le respondió Martín Robledo, con lo que se ganó una nueva mirada de reproche de Gabriel, no tanto por la idea, con la que estaba de acuerdo, sino por haberlo llamado «muchacho» por segunda vez.

—Ea, queda todo dicho, mis señores. Vuelvan cada uno a sus tareas —los despidió el capitán Beceiro—, que nosotros bajaremos a tierra en busca del permiso.

Y sin dilación se dispusieron a bajar a tierra Beceiro, don Santiago y Gabriel, a quien su padre le indicó que los acompañara, porque los trámites portuarios tenían su miga y había mucho que aprender.

Gabriel fue a su cabina para cambiarse los elegantes escarpines por unas botas altas. En el pasillo de la tolda se encontró con Elvira e Isabel, a la que no agradó aquella salida.

—Vaya, tenía intención de celebrar con vosotros el feliz arribo a La Habana —dijo con resignación, pero al punto cambió el semblante y preguntó—: ¿Y no podría ir yo?

—En Campeche casi tuve que obligarte para que bajases a tierra; ¿cómo es que aquí te apuntas tan deprisa?

—Con un día tuve suficiente para conocer aquel villorrio, pero La Habana promete ser mucho más interesante.

—Cierto, don Gabriel, hablad con vuestro padre para que nos autorice a acompañaros. —Elvira apoyó a su dueña con una sonrisa maliciosa.

—No debo demorarme —zanjó Gabriel, pero su hermana no quiso separarse tan pronto de él, y se colgó de su brazo y salieron juntos a cubierta, donde se reunieron con don Santiago y el capitán.

—Estás hermosísima, hija —la saludó su padre—. A tu lado me siento rejuvenecer.

—Pues si tanto os agrada mi compañía, bien podríais llevarme a La Habana.

—La Habana no es como Veracruz —respondió su padre—. Pese a ser un puerto tan importante, sus calles están llenas de esclavos, libertos gentes ruines, y hay lugares tan infames que harían enrojecer a un galeote. Además, ya es tarde y nos cogerá la noche.

—No me habías dicho nada de pernoctar, hermano. —Isabel miró a Gabriel con suspicacia y este hizo un gesto de desconocimiento.

En ese momento, Juan Ugalde los avisó de que el esquife ya estaba listo, y todos se acercaron al portalón del combés.

—No permitáis que nadie baje a tierra hasta que decidamos qué hacer, señor Ugalde —dijo el capitán Beceiro mientras ponía el pie en el primero de los travesaños de la escala.

Gabriel pensó en lo poco que le agradaba dejar a Isabel a merced de Ugalde mientras el esquife cruzaba las aguas calmas de la ensenada de Atares. Tampoco en Elvira podía confiar, pues estaba seguro de que animaría a su hermana a tontear con el piloto.

Al llegar a la orilla, atracaron en un embarcadero viejo, con muchas maderas podridas y mal clavadas. Un grupo de pescadores se levantó para franquearles el paso y don Santiago aprovechó para preguntar cuándo había partido la Flota de Indias.

—Hoy hace cinco días —le respondió uno de ellos, mientras se apartaba las moscas de la boca con un movimiento de la mano.

—Demasiado tiempo para alcanzarla —masculló para sí el capitán Beceiro.

—¿Y sabrían decirnos vuesarcedes quién es ahora el gobernador de Cuba? —preguntó don Santiago con mucha zalamería.

—Don Gabriel de Luján, caballero —dijo otro pescador.

—¿Y el alcalde de la villa?

—El alcalde que los vecinos de la villa hemos elegido el pasado enero es don Diego Fernández de Quiñones.

—¿El procurador Quiñones?

—El mismo.

Satisfechas las curiosidades, o una parte de ellas, se despidieron en muy buena forma de los pescadores y cruzaron la playa para ir en busca del señor Quiñones, que había servido de procurador en más de una ocasión a Santiago del Puerto. El primer edificio que se encontraron, de piedra clara sin encalar, fue el convento de San Francisco de Asís, en la plaza del mismo nombre. Lo dejaron a su izquierda y se adentraron en la villa por la calle de los Oficios, que estaba tan sucia como poco concurrida. Las casas eran en su mayoría de madera, adobe o bahareque y techo de palma, con corrales bien cercados, llenos de árboles y animales. Solo algunas de ellas se construían con piedra y teja, señal inequívoca de riqueza y señorío.

Abría la marcha don Santiago, en la cadera su ropera y en la mano un bastón del que rara vez se separaba. Con él señalaba a Gabriel esta o aquella iglesia, de las que estaba bien surtida la villa, y las nu-

meras casas de particulares que alquilaban habitaciones a tanta población ambulante como pasaba por La Habana.

—La mayoría de vecinos son negros o mulatos. A diferencia del continente, aquí apenas verás indios, y los pocos que veas no serán originarios de aquí, sino traídos de Campeche —le explicaba su padre—. En cuanto a los blancos y criollos que ahora habitan La Habana nada tienen que ver con los viejos conquistadores: son mercaderes, hacendados, religiosos, artesanos o funcionarios de la Corona.

Al poco desembocaron en una plaza grande de tierra, abierta al mar por el este, entre cuyo arbolado destacaba una majestuosa ceiba en la que anidaba una colonia de escandalosas cotorras. En el costado norte, junto al mar, se alzaban los macizos muros del castillo de la Real Fuerza, único bastión para la protección de la ciudad; al sur estaba la iglesia Mayor y al oeste, la residencia de los gobernadores.

Fue Gabriel a acercarse al castillo, pero su padre le dio una voz para que lo siguiera: «*Ahora debemos buscar al señor Quiñones*», y cruzó hacia su izquierda, por la calle Mercaderes, y luego, rodeando la lonja, por la del Empedrado, que de piedras no tenía más que el nombre y donde se almacenaban más suciedades que en un muladar.

Cuatro o cinco cuadras más allá terminaba la villa y la calle se convertía en un camino que atravesaba las tierras ejidales. Después de haber recorrido un trecho por él, don Santiago se detuvo junto a una finca muy extensa guardada por una cerca de madera.

Un criado se acercó a abrirles el portillo, los acompañó hasta la casa y los hizo pasar a un patio cuadrado, rodeado de soportales, en el que había el ajetreo propio de una casa de labranza.

El dueño los recibió con cordialidad. Diego de Quiñones era un hombre magro, con la cabeza grande y la nariz picada de viruelas.

—Vuestas mercedes han llegado tarde esta vez —les dijo con cierta jovialidad.

—Bien podéis decirlo, don Diego —respondió el capitán Beceiro—. Dos meses nos ha costado el viaje desde Veracruz.

Se encontraban en una sala amplia y luminosa, de techos altos, que tenía a un lado los fogones y al otro una mesa de recia madera y unos bancos desgastados por el uso. Olía a hollín viejo, a especias picantes y a estiércol.

—¿Cómo así? ¿No habéis querido venir desde Veracruz con la flota de la Nueva España?

—Antes que ella salimos —le explicó el capitán Beceiro—, pero nos demoramos más de la cuenta, y nos hemos encontrado con que la Flota, por un extraño prodigio, ha anticipado su partida.

—Por un extraño prodigio no, por la muerte sin descendencia del rey de Portugal. Nuestro señor don Felipe reclama la corona, pero otros pretendientes con derechos se atreven a disputársela. La orilla se presenta revuelta, mis señores, corren rumores de guerra y navegar por el Atlántico va a ser muy peligroso.

—Muy inoportuno todo —dijo Santiago del Puerto—. Mi hermano Antonio lleva meses negociando con la Casa de Indias de Lisboa un permiso para abrir una dependencia comercial en las islas Azores, donde las flotas hacen escala para reponer agua y víveres. Esperemos que este asunto de la sucesión al trono no tuerza este proyecto.

—Así lo deseo yo también —dijo el procurador, y cambiando de tono añadió—: Mas, decidme, ¿qué pensáis hacer?

Gabriel apenas había estado pendiente de la charla. Observaba la estancia, que estaba poco amueblada y sin refinamiento, y a una anciana que encendía el fogón con una madera de olor fuerte y picante. Pero la pregunta del señor Quiñones le hizo olvidarse de sus observaciones y atender a lo que se decía.

—Nuestra intención es proseguir el viaje, señor Quiñones. Por eso hemos venido a veros. Hasta ahora, siempre me habéis ayudado a resolver con solvencia cuantos problemas se me han presentado.

—Veréis, don Santiago, este es un poco más complejo que los otros. Ya sabéis que está prohibido que barcos solos crucen el Atlántico, sin la protección de la flota, para evitar los ataques de corsarios. Y también para impedir el contrabando.

—Lo sé. Pero no es menos cierto que se pueden conceder permisos sueltos en casos especiales.

—En casos muy especiales —lo corrigió el alcalde—. No podéis imaginar la multitud de capitanes y armadores que se acercan al gobernador, o a sus ayudantes, en demanda de ellos. Pero, como podréis comprender, los permisos no pueden concederse con ligereza so pena de levantar las sospechas de los oficiales de la Real Hacienda.

—Si la autoridad para concederlos es suya, no tendremos más remedio que tratar con ellos.

—También el gobernador puede otorgarlos.

—Me dejáis perplejo, amigo Quiñones.

—Atended, don Santiago. Los oficiales de la Real Hacienda no ven con buenos ojos que les usurpen una competencia que consideran propia y que les reporta jugosas ganancias, y revisan a conciencia las licencias que otorga el gobernador.

—¿Qué me recomendáis entonces? —preguntó Santiago del Puerto con ingenuidad.

—La actuación de la Real Hacienda es caprichosa y arbitraria, y pueden haceros perder el tiempo durante varias semanas con tal de que paguéis el doble o el triple. Sin embargo, el nuevo gobernador, don Gabriel de Luján, que tomó posesión del cargo el pasado mes de octubre, parece hombre deseoso de enriquecerse, como todo recién llegado al poder. Como alcalde de la villa gozo de una situación, ¿cómo lo diría?, privilegiada a su lado. Así que, planteadas las cosas por el conducto oportuno, de la manera más apropiada y con las razones suficientes, no creo que se oponga a concederos el permiso.

—Imagino que las razones a las que os referís son redondas —intervino el capitán Beceiro, dando un golpecito sobre la mesa y sonriendo ladinamente.

—Y de plata castellana.

Gabriel pensó que también Quiñones era un recién llegado al cargo y estaría igualmente deseoso de enriquecerse. De cualquier modo, mientras los otros ultimaban los detalles económicos del asunto, él se percató de que la cocinera no estaba sola. La acompañaba una joven cuyas facciones eran la mezcla de todas las razas. Tenía los labios finos, la nariz algo achatada, los ojos oscuros y rasgados y el pelo, muy rizado y del color del cobre, lo llevaba recogido en pequeñas trenzas. Vestía una blusa amplia, de tela basta, por debajo de la cual asomaban unas calzas de la misma tela, más de hombre que de mujer. Ayudaba a la cocinera a cortar unas raíces con que sazonar la carne que cocía en el perol, pero alzó al punto la vista, como si hubiera sabido que estaba siendo observada, y le dirigió una mirada larga e intensa que finalmente desvió. En sus labios quedó revoloteando una sonrisa burlona. De vez en cuando se volvía a mirarlo, dando así comienzo a un juego que se prolongó durante algún tiempo. Gabriel fingía atender a dos escuálidos galgos que rondaban el fogón mientras la observaba de reojo. Y ella, para dificultarle la empresa, le lanzaba miradas fugaces por encima del hombro.

—¿A ti qué te pasa, muchacho? —le preguntó el capitán Beceiro, lo que puso fin a su distracción.

Quiñones, contento por el acuerdo obtenido, los había invitado a compartir su yantar. Ordenó a la cocinera que les sacara un azumbre de vino, y esta trasladó el encargo a la muchacha en una lengua desconocida para Gabriel.

Jabama o Yabama, o comoquiera que la mujer la hubiese llamado, se tomó el cometido con calma. Dejó en el centro de la mesa un plato con gruesos dados de queso añejo y un vaso ante cada uno de los comensales, que fue rellenando de una botija de barro. Mientras lo hacía, evitaba cuidadosamente mirar a Gabriel, que se divertía con la inocente travesura y aprovechaba para calibrar el cuerpo que se escondía bajo las ropas. Cuando le tocó el turno a él, le pasó una mano por las nalgas, como al descuido, comprobando que eran más firmes de lo que había supuesto. Sintió al instante el respingo de la moza, quien, por no derramar el vino, logró contenerse. Sin embargo, al retirarse le golpeó la cabeza con el codo.

—Don Diego —le preguntó al anfitrión—, ¿podríais decirme qué idioma habla vuestra cocinera?

—Es el lucumí, una parla en la que se mezclan varias lenguas africanas con algunas palabras del castellano y del francés e incluso del inglés —respondió de muy buen talante el aludido, que ya había trasegado él solo medio azumbre de vino—. Está muy extendido entre los negros cimarrones, y Tomasa proviene de ese linaje.

—¿Y no tenéis miedo de que un día os degüelle?

—Amigo Santiago, si hubiera querido degollarme, ya lo habría hecho, pues hace más de quince años que está a mi servicio.

—¿Tanto tiempo lleváis por estos lares?

—Desde que la ciudad era un villorrio.

—¿Ciudad?

—Hay censadas más de setecientas familias en La Habana, sin contar la población ambulante que acompaña a las flotas. Los vecinos de la villa hemos solicitado al monarca que nos conceda el estatuto de ciudad, y a mí me corresponde hacer lo posible para que la petitoria no caiga en el olvido.

—Pues yo os digo que hoy he encontrado a La Habana más apagada que nunca, sin el ajetreo de otras veces —sentenció don Santiago, dando unos golpecitos amigables sobre el antebrazo del procurador.

—Es que ya se ha marchado a sus pueblos y aldeas el enjambre de arrieros, vendedores, estibadores, mozos de cuerda, barqueros, soldados, aventureros, proveedores, tratantes y estancieros con sus séquitos de criados y esclavos que han tenido durante más de un mes a La Habana a punto de reventar. Y también el hatajo de mendigos que se dan cita aquí.

Bien regada con vino, se prolongó la sobremesa, se acabó el primer azumbre y se sirvió otro. Gabriel se relajó, y hasta le llegó a parecer interesante el señor Quiñones, un hombre que había conseguido mantenerse soltero sin sentir la añoranza de una esposa, adaptarse a las bondades que ofrecía vida habanera, juntar un regular patrimonio y ser lo suficientemente respetado por sus convecinos como para haberlo elegido alcalde.

Yabama volvió al cabo de un rato y sustituyó a Tomasa después de haberles llevado el tercer azumbre. Se había echado la noche encima y la estancia estaba iluminada por un candelabro con velas de sebo cuya luz apenas ajustaba para el espacio que ocupaban. La muchacha pasaba, por tanto, de la penumbra a la luz con la misma frecuencia con la que se quedaban los vasos vacíos.

Llegó la hora de partir, pero el procurador se opuso a ello.

—Es un honor consideraros mis huéspedes —les dijo muy ceremoniosamente; los acompañó al patio, que refulgía bajo la luna, y les mostró las puertas de tres de los muchos cuartos que se abrían a él.

7

Gabriel se encontraba muy mareado para lo que había bebido, y cayó en el catre tan insensible como un saco de grano. La cabeza le daba vueltas, las paredes, iluminadas por la escasa luz que entraba por un ventanuco, se extendían y contraían sobre sus ángulos y aristas, el techo se le echaba encima y el pequeño cuadro de la Inmaculada Concepción, único ornamento en la monacal estancia, bailaba alrededor del clavo en que se sostenía. *Qué diablos le habrán echado al vino*, pensó, y con aquel pensamiento perdió la consciencia.

El sueño lo aplastaba bajo su peso, lo comprimía sobre la tablazón del catre, martilleaba sobre su mente con el sonido grave de un tronco para moler el grano, tumb, tumb, tumb, y con otro sonido más desagradable y chirriante, como de piedra sobre piedra.

Un chispazo y una luz se colaron entre sus párpados entrecerrados, y las paredes temblaron con un resplandor rojizo y negro. La Inmaculada había abandonado su lugar en la pared y danzaba en las sombras, se acercaba a él como una llama oscura, lo envolvía en un abrazo fuerte y almizclado, más animal que celestial, y susurraba palabras extrañas que emanaban de un rostro brillante pero borroso e impuro. Una mano se desgajó de la sombra y tocó su piel y le produjo una contracción dolorosa, porque la mano traspasó su superficie y se fundió con ella, y la acariciaba desde su interior, como si estuviera removiendo un caldo espeso. Qué diablos le sucedía. ¿Un sueño, una pesadilla? ¿Era real aquello? Pero el martilleo de madera no cesaba, y con cada golpe el rostro de la Inmaculada fulgía más y más, y vibraba y se contorsionaba y le impedía distinguirlo, hasta que el brillo se extendió por todo el cuerpo, que era del color del metal fundido, terso y perfecto, desde la punta de los enredados cabellos hasta aquellas manos que se aferraban a sus nervios y a sus órganos, los apretaban con fuerza, sacudían con violencia el enrejado de sus costillas y dibujaban caminos ensangrentados sobre la piel que le producían un dolor y un goce insoportables, más allá de cualquier límite. Gabriel jadeaba, y de la Inmaculada emanaba un rumor cadencioso que aumentó y se elevó, y se elevó más, hasta convertirse en un sonido bronco y temible, parecido a un trueno, y la tensión se hizo exagerada y la imagen estalló en mil pedazos con un brillo cegador que se apagó en un suspiro. Quedó entonces suspendida en la oscuridad, moviéndose con la pereza del humo de una vela recién apagada, girando y desplegándose en manos del viento, alejándose, alejándose hasta regresar a su propio sueño.

Gabriel se despertó con las primeras luces del alba, agitado y atemorizado por la pesadilla nocturna. El olor a almizcle, sin embargo, continuaba ahí, fuerte e irritante, y al volverse vio a Yabama en la puerta del cuarto, recostada contra la jamba.

—¿Qué haces ahí? ¡Márchate!

Yabama se apartó de donde estaba con mucha parsimonia, como si no hubiera oído ni comprendido una higa, y de repente se volvió hacia él y lo señaló.

—Eres mío —dijo con un acento casi ininteligible.

En cuanto se hubo largado, Gabriel se levantó confundido, se miró el cuerpo y se dio cuenta de que tenía unos arañazos en el pecho, en el vientre y en los brazos. Y también se percató de que olía

a ella. ¡*Maldita zorra!*, se dijo. Sin embargo, sentía el cuerpo ligero y alborozado, como si conservara su propia memoria del goce disfrutado durante la noche.

Fuera ya había movimiento de peones y criados, pero en el cuarto adjunto se oían con claridad los ronquidos de su padre. Se acercó al pilar que había en el patio, donde uno de los peones daba de beber a unas mulas, se echó varios baldes de agua y se restregó con jabón negro sin conseguir quitarse de encima aquel olor.

El señor Quiñones les ofreció un desayuno muy apetitoso, con plátanos fritos, crema agria y tortas de maíz. Gabriel, a pesar suyo, estuvo pendiente de la puerta, por si veía aparecer a Yabama, y después, al salir, la buscó sin fortuna por los campos de la hacienda.

El procurador les aseguró que esa misma mañana comenzaría las gestiones para la licencia especial.

—Tardaré un par de días en conseguirla, o puede que más —aclaró. Y en el mismo portón, cuando ya se despedía, añadió que se duplicarían las posibilidades si, en lugar de uno, viajara un grupo de dos o tres barcos.

—Y también el precio, imagino.

—Ah, don Santiago, siempre es un placer tratar con vos. Venid a visitarme cuantas veces deseéis.

De regreso a la villa, a la altura de las primeras casas, tuvieron un encuentro con unos señores que salían de una taberna esquinera. Con tanto ímpetu lo hizo el primero de ellos que casi se llevó por delante a Gabriel. Cuando se enderezó, vio frente a él a un hombre bien plantado, presto a la lucha y con una cicatriz que, en la mejilla izquierda, le partía en dos la barba y le dibujaba una sonrisa torcida. Sus ojos, negros y rijosos, lo miraban con guasa. Los camaradas que lo acompañaban, que tenían el aspecto de los patanes que tanto abundan en los puertos de las Indias, se abrieron en abanico en actitud amenazante. Gabriel se llevó la mano a la empuñadura de su acero y su padre y el capitán Beceiro dieron un paso al frente, listos para batirse. Durante unos momentos, el duelo pareció inevitable, pero al cabo el agresor sonrió abiertamente, algo extraño de ver, alzó su chapeo y con una reverencia exagerada se disculpó:

—Ha sido un golpe involuntario, caballero —dijo con un acento extranjero, y sin permitir a Gabriel que respondiese, convocó con un gesto a sus camaradas, se giró y tomó el camino de la hacienda de Quiñones.

—Vámonos, hijo —dijo su padre, tirando de él.

Antes del mediodía estaban de nuevo a bordo de la Virgen de las Nieves, donde el piloto Ugalde los recibió con la noticia de que la tripulación estaba inquieta por bajar a tierra.

—Espero zarpar en pocos días —le respondió el capitán Becero—. Hay que hacer aguada y reponer víveres, dar un buen repaso al casco y al aparejo, rascar las cubiertas y limpiar de ratas la bodega. Vos y Gabriel os encargaréis de organizarlo todo. Avisad a los hombres de que quien se largue sin permiso se quedará sin quintaladas; al que vea borracho antes de haber terminado estas faenas se quedará sin quintaladas; el que se meta en una pelea...

—Se quedará sin quintaladas, capitán —lo interrumpió Gabriel—. Lo hemos comprendido bien.

—Y decidle al señor Robledo que su cuadrilla también arrimará el hombro.

Se fueron varios días en aquellas y otras faenas sin que hubiese llegado aviso ninguno del procurador. Los dos pilotos organizaron el trabajo por turnos para permitir que los hombres pudieran bajar a tierra. Después de dos meses de una dieta monótona, agua apesadumada y hacinamiento se merecían un poco de distracción con el vino infame de las tabernas, en brazos de busconas que les exprimían hasta el último maravedí o dejándose su escaso dinero en las timbas del puerto.

El tema más común entre la tripulación era el de los piratas, sobre los que corrían todo tipo de historias, por lo general truculentas: ataques a mercantes, sangrientas carnicerías, pérfidos secuestros y onerosos rescates. Los marineros más veteranos se complacían en repetirlas y aumentarlas con detalles añadidos de su propia cosecha, que hacían las delicias de sus compañeros y el terror de grumetes, pajes y pasajeros. Isabel, que era muy aprensiva, se impresionaba cada vez que uno de estos cuentos llegaba a sus oídos, y corría a buscar a su hermano para que los desmintiera. Pero Gabriel, cuyas obligaciones lo mantenían muy ocupado, no estaba aquellos días para muchos pasatiempos. Tampoco con Elvira, a quien llevaba días intentando evitar, pues, de forma inexplicable, desde la noche en la hacienda de Quiñones su virilidad había quedado enrojecida y tan sensible que cualquier roce le producía dolor.

—Tienes un poco descontenta a mi doncella —se quejó Isabel.

—¿Y qué atenciones debo tener con ella?

—No te hagas el tonto, Gabriel, que te conozco bien. ¿Crees que no me he dado cuenta de vuestros tonteos?

La palabra «tonteos» desconcertó a Gabriel. No sabía exactamente a qué se refería su hermana, ni tenía ganas de averiguarlo. Ya hablaría con Elvira del asunto, pues le estaba pareciendo que se tomaba demasiadas confianzas.

—Y yo de los tuyos con Ugalde. —La respuesta de Gabriel pretendía despistar la atención de su hermana, y lo consiguió, pues un rubor intenso se apoderó de su cara. Ella se dio cuenta y se azoró aún más.

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? —dijo cuando consiguió serenarse—. Juan, es decir, el señor Ugalde es un hombre muy atento y respetuoso.

—Eres muy inocente, Isabel. Ugalde es un hombre que casi te dobla en edad, rodado por muchos barcos y puertos. Se muestra atento contigo porque nuestro padre es su patrón y quizá piense que tu corazón es un camino más rápido para adelantar en su carrera.

—Es posible que yo sea inocente, pero tengo disculpa. Tú, sin embargo, eres un malpensado y no tienes descargo ninguno. Si esos son los cálculos que te haces cuando piensas en una mujer, mal te irá en la vida.

—Solo quiero avisarte, hermana.

8

Una mañana, bastante temprano, se acercó al costado de la nao, en un batel, el maestro de La Golondrina, la fragata a la que habían tomado por corsaria cuando llegaron a La Habana. El hombre deseaba hablar con el capitán para proponerle que navegaran en conserva hasta España.

Al capitán Beceiro y a don Santiago les pareció una idea excelente, y no fueron necesarias muchas palabras para llegar a un arreglo que incluía, por supuesto, colaborar con el pago de la licencia.

Para realizar el trámite pertinente con el procurador Quiñones, y para que continuase curtiéndose en asuntos mercantiles, enviaron a tierra a Gabriel.

Don Santiago le había dedicado a la educación de aquel hijo más esfuerzos que al resto de su descendencia. Se había hecho con él mu-

chas ilusiones, que una tras otra había defraudado. Sin posibilidades de heredar el patrimonio familiar, quiso encaminarlo al negocio de los fletes y las empresas navieras. Lo envió a la Ciudad de México para que se instruyera con los mejores preceptores en el arte del comercio, la navegación, la diplomacia e incluso en el conocimiento de las lenguas, tan útiles para tales ocupaciones. Al principio se tomó con mucho interés aquellos estudios, pero pronto se cansó del esfuerzo y el método que suponían, se juntó con tarambanas y acabó por convertirse en uno de ellos.

Cuando regresó a Veracruz, don Santiago apenas reconoció al joven insolente y engreído que tenía delante. Dejó entonces a un lado la benevolencia y los buenos consejos y lo puso a trabajar en los almacenes, bajo la supervisión de su hermano, a acompañar a los arrieros que traían la cochinilla desde el interior en recuas de mulas y a viajar por los puertos de Yucatán en busca de las maderas para tintes, que tan pingües beneficios les proporcionaban. Pero sin mucho resultado. Gabriel continuó frecuentando los salones de juego, irritando a las autoridades, dándose a la buena vida y derrochando su dinero. Pero don Santiago estaba decidido a hacer de su hijo un hombre de provecho, y lo enroló en este viaje, con el que pretendía alejarlo de las malas compañías, y le concertó el matrimonio con la portuguesa.

—Prepárate para bajar a tierra —le ordenó a su hijo al tiempo que le presentaba al señor Bastidas y le explicaba por lo menudo lo que debería tratar con el procurador Quiñones—. Llévate contigo al cabo Robledo, por si acaso —añadió pensando en el encuentro del otro día.

—Sé defenderme con solvencia. He tenido un maestro de esgrima que os costó un riñón, ¿no recordáis?

—Aun así —respondió don Santiago con rotundidad, hastiado de los alfilerazos de su hijo.

En realidad, Gabriel estaba encantado con el encargo, porque lo ayudaría a zafarse de las faenas de limpieza, carga y estiba. Se embarcaron los tres hombres en el esquife y al poco ya estaban en el palacio municipal, preguntando por el alcalde.

—No se halla aquí, mis señores —los informó, muy obsequioso, un ordenanza del cabildo.

Bastidas era un portugués melancólico y de pocas palabras, con un gran bigote entrecano que le llegaba a la mitad del mentón y unos ojos claros y llorosos de mirar directo. Martín Robledo, en cambio,

era parlanchín por naturaleza, y al poco rato se dio cuenta Gabriel de que no había forma de atajar la familiaridad con que lo trataba.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó el maestro Bastidas.

—A la hacienda de Quiñones —dijo Gabriel.

Atravesaron nuevamente la ciudad, que estaba más animada que el primer día, salieron por el camino de los ejidos y llegaron a las tierras de don Diego.

Los recibió el mismo criado que en la anterior visita.

—Voy a buscar a mi señor —les dijo.

Mientras esperaban, Gabriel no quitaba ojo a la gente que pasaba por su vera, pero no halló rastro de la muchacha ni de la cocinera. La tierra estaba tan reseca que levantaba una fina tolvana cada vez que daban un paso, ensuciando de polvo las botas y los bajos de las calzas. Gabriel explicaba a los otros, con cierta pedantería, algunos detalles sobre la hacienda, como si hubiera vivido en ella toda la vida. El señor Bastidas lo atendía con una sonrisa apenas perceptible y Martín Robledo lo interrumpía para hacer comparaciones con las haciendas de su tierra natal.

Don Diego los encontró cerca de un galerón que empleaban para secar las hojas de la planta del tabaco, que algunos hacendados habían empezado a cultivar, y los condujo a su despacho, donde arreglaron con rapidez el asunto. No obstante, los invitó a compartir su almuerzo y hacer una tranquila sobremesa. Pasaba el tiempo, y Gabriel empezaba a inquietarse. En el barco, la mestiza fue solo la imagen de un recuerdo sugerente, pero en la hacienda había vuelto a sentir el embrujo de la otra noche, y ansiaba verla sin saber por qué. ¿Acaso lo había drogado con algún bebedizo? Un poco antes de marcharse vio a la cocinera y aprovechó para preguntarle por ella, pero Tomasa actuó como si no lo hubiese oído, arrodillada en el suelo con una aljofifa en las manos, sin levantar la vista de la faena. Las voces de los hombres se sentían en el patio y el sonido de las chicharras atronaba la tarde.

—Se fue —dijo por fin, cuando Gabriel se había resignado a su silencio.

—¿A dónde?

—Con un hombre —añadió la mujer, fregando con desgana una baldosa.

—¿Qué hombre? —volvió a preguntar Gabriel, pero no obtuvo respuesta.

Visto que no obtendría más información de la cocinera, se reunió con los demás.

—Estimado Gabriel —le dijo el procurador cuando ya se despedían—, podéis decirle a vuestro padre que en dos días le enviaré el permiso especial para viajar como registro suelto, siempre que me paguen lo acordado.

—Descuidad, que así lo haré.

De regreso al puerto, animado por las buenas noticias y el vino trasegado, se puso parlanchín el maestre Bastida. Entre otras pláticas, dio en quejarse de la deserción de varios hombres de la tripulación, y muy especialmente de la de su piloto.

—Llevamos varios días buscando a uno que sea de fiar, aunque con poca fortuna.

Gabriel, interesado por el tema, abundó sobre él con el maestre y llegó a proponerse para el puesto vacante.

—Nos haríais un gran servicio, amigo Del Puerto —le respondió Bastidas con rapidez.

De vuelta en la nao, Gabriel le expuso el asunto a su padre, que le recordó la poca experiencia que tenía en el oficio, y aún esta poca en naos pequeñas y travesías cortas, y que necesitaba consultarlo con el capitán Beceiro; sin embargo, en su interior se sintió complacido por la iniciativa de su hijo, y no demoró mucho en autorizarlo.

A quien no le gustó tanto la idea fue a Isabel, que lamentó perder de vista a su hermano. Gabriel, aparte de una fuente de entretenimiento, había sido su principal apoyo durante la travesía. Y aunque ambos barcos viajarían en conserva, no iba a ser lo mismo.

—¿No te has cansado ya de mis tonterías, hermana? —le dijo él, queriendo quitarle hierro al asunto—. Además, tienes a Elvira para que te dé conversación.

—No es lo mismo, Gabriel.

—Anda, ámate, y no te dejes embaucar por ese santurrón de Ugalde.

Al día siguiente trasladaron a La Golondrina los efectos personales de Gabriel y de varios tripulantes a los que el capitán Beceiro envió con él, no tanto para que lo arropasen, sino porque a todos les interesaba que la travesía fuera lo más venturosa posible, y la fragata se encontraba escasa de brazos. Los elegidos fueron Federico Ansúrez, el guardián de la nao, dos marineros muy diestros en el

oficio de marear y el cabo Robledo y otro hombre de pelea, por si las cosas se complicaran.

Diego Fernández de Quiñones cumplió con lo prometido, y en la madrugada del 14 de junio del año de Nuestro Señor de 1580, aprovechando la brisa terral, los dos navíos se hicieron a la mar.